

Perfil psicosocial de familias en situación de riesgo. Un estudio de necesidades con usuarias de los Servicios Sociales Comunitarios por razones de preservación familiar

Susana Menéndez Álvarez-Dardet*¹, M^a Victoria Hidalgo García², Lucía Jiménez García²,
Bárbara Lorence Lara¹ y José Sánchez Hidalgo²

¹Universidad de Huelva, ²Universidad de Sevilla

Resumen: En este artículo se presenta un estudio de necesidades realizado con una muestra de madres usuarias de los Servicios Sociales Comunitarios que reciben intervenciones de cara a la preservación familiar. Los resultados obtenidos nos permiten ofrecer una aproximación del perfil psicosocial de estas familias y, al mismo tiempo, reflexionar sobre las características que pueden optimizar la eficacia de las intervenciones que con ellas se llevan a cabo desde los Servicios Sociales Comunitarios.

Palabras clave: Familias en de riesgo psicosocial; estudio de necesidades; intervención comunitaria.

Title: Psychosocial characteristics of families at risk. A need study with women user of Social and Community Services in order to family preservation.

Abstract: In this article we present a need study carried out with a sample of mothers users of Social and Community Services receiving family preservation interventions. Results obtained show the main characteristics of these families, and also are useful in order to define how to improve social intervention developed by Social and Community Services with these families.

Key words: Families at psychosocial risk; need study; community intervention.

Introducción

Desde mediados de la década de los 90, las competencias en el ámbito de la protección a la infancia y la familia en nuestro país dependen de las comunidades autónomas correspondientes. Estas competencias se han concretado en una amplia variedad de medidas con las que la administración aborda las situaciones en las que las necesidades de los menores no están adecuadamente atendidas en su familia. A pesar de esta diversidad, el marco legal en el que se llevan a cabo estas intervenciones establece como directrices generales de actuación una serie de criterios entre los que destacan la prioridad que debe darse, por un lado, a la prevención de estas situaciones, y por otro, y cuando éstas tienen lugar, a las medidas de intervención que eviten separar al menor de su familia. Así, desde el punto de vista de la administración competente en materia de protección a menores se entiende que existen situaciones de diverso nivel de *riesgo* para niños, niñas y adolescentes (situaciones que, siendo importantes, no alcanzan la gravedad suficiente como para que la administración decreta el *desamparo* y separe al menor de su familia) en las que los progenitores viven en circunstancias personales y relacionales que les dificultan o impiden desarrollar adecuadamente su labor como madres y padres, de manera que la intervención sobre estas circunstancias puede optimizar la atención de las necesidades del menor sin adoptar medidas más drásticas. Por tanto, el análisis pormenorizado de las características de estos adultos, de sus trayectorias vitales, sus relaciones interpersonales y sus circunstancias contextua-

les adquiere una especial importancia, no sólo de cara a conocer en profundidad cuál es la dinámica familiar en situaciones de riesgo, sino también porque la eficacia de las intervenciones antes descritas depende, en gran parte, del grado en que se ajustan a las necesidades de estas familias (Cowan, Powel y Cowan, 1998; Hidalgo, Menéndez, Sánchez, Lorence y Jiménez, 2009; Hutchings y Webster-Stratton, 2004; Máiquez y Capote, 2001; Máiquez, Rodrigo, Capote y Vermaes, 2000; Rodrigo, Correa, Máiquez, Martín y Rodríguez, 2006; Rodrigo, Máiquez, Martín y Byrne, 2008).

En España se han realizado en los últimos 10-15 años diversos estudios encaminados a caracterizar a la población en situación de riesgo psicosocial, tanto con carácter general como dirigidos específicamente a las familias con menores a su cargo. La fuente más potente y también más genérica es la base de datos que manejan a nivel nacional los profesionales de los Servicios Sociales: el *Sistema de Información sobre Usuarios de los Servicios Sociales* (SIUSS), que aporta información socio-demográfica y relacionada con las demandas planteadas por los usuarios y las medidas que la administración pone en marcha. Disponemos igualmente de algunos estudios encargados por administraciones públicas o por entidades privadas, en los que se han explotado estos y otros indicadores, y que nos ofrecen un análisis muy pormenorizado de las diversas circunstancias asociadas a las situaciones de exclusión y/o en riesgo de la misma, como por ejemplo el trabajo de García, Malo y Toharia (2001), realizado por encargo del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, o el del equipo dirigido por Subirats (Subirats, Riba, Giménez, Obradors, Giménez, Queralt, Bottons y Rapoport, 2004) y financiado por la Fundación "La Caixa". De manera más específica se han llevado a cabo estudios sobre la pobreza infantil y las circunstancias asociadas a ella, como por ejemplo el que Cantó y Mercader (2000) realizaron con apoyo del Centro de Investigaciones Innocenti de UNICEF, o el informe *Pobreza*

* **Dirección para correspondencia [Correspondence address]:** Susana Menéndez. Universidad de Huelva. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Escuela Universitaria de Trabajo Social. Campus del Carmen. Avda. Tres de Marzo s/n. 21071 Huelva (España). E-mail: menendez@uhu.es

infantil en países ricos 2005 elaborado por este organismo, en el que se manejan datos de todos los países de la OCDE (UNICEF, 2005). Si nos interesamos por información de corte más psicosocial, disponemos de algunas investigaciones que se han llevado a cabo en diversas comunidades autónomas, en muchos casos estos estudios están integrados en el contexto de intervenciones realizadas por los Servicios Sociales en colaboración con equipos de investigación de diversas universidades. Entre estos debemos destacar los que se han realizado en Extremadura (Moreno, 2002, 2004), el País Vasco (Arruabarrena y De Paúl, 2002), la Comunidad Canaria (Máiquez et al., 2000; Martín, Máiquez, Rodrigo, Correa y Rodríguez, 2004; Rodrigo et al., 2006, 2008; Rodríguez, Camacho, Rodrigo, Martín y Máiquez, 2006), Castilla-León (Rodrigo, Martín, Máiquez y Rodríguez, 2005, 2007) y la Comunidad Valenciana (Cerezo, Dolz, Pons-Salvador y Cantero, 1999; Pons-Salvador, Cerezo y Bernabé, 2005).

Todos estos estudios ponen de manifiesto que, en general, las familias usuarias de los Servicios Sociales con diversos niveles de riesgo suelen presentar con frecuencia algunos rasgos sociodemográficos muy característicos. Se trata, en la mayoría de los casos, de grupos familiares grandes (la media se sitúa en torno a 3-4 hijos o hijas) y encabezados muy frecuentemente por madres solas (el porcentaje de monoparentalidad oscila en torno al 30-40%) (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Cantó y Mercader, 2000; Martín et al., 2004; Moreno, 2002, 2004; Rodrigo et al., 2006; Rodríguez et al., 2006). Estas familias presentan, además, diversos indicadores que definen circunstancias de vida caracterizadas por la precariedad tanto económica como laboral, circunstancias que, como ponen de manifiesto los análisis efectuados por Subirats y su equipo (2004), son las que en mayor medida caracterizan al sector de la población socialmente excluida que acumula un mayor y más diverso número de indicadores negativos. Las familias en situación de riesgo suelen presentar niveles muy elevados de desempleo y de inestabilidad laboral: así, por ejemplo, en su investigación con familias de alto riesgo, Arruabarrena y De Paúl (2002) encontraron trabajos estables únicamente en un 32.5% de los casos; Moreno (2002) informa de eventualidad laboral en un 79% de las familias evaluadas en su estudio; y el 79.5% de las madres canarias que participaron en la investigación llevada a cabo por el equipo de Rodrigo no tenían trabajo (Martín et al., 2004; Rodrigo et al., 2006). Como consecuencia, en gran parte, de esta precariedad laboral, estos y otros estudios (Cantó y Mercader, 2000; García et al., 2001) constatan igualmente una importante precariedad económica, que favorece que muchas de estas familias sean receptoras de manera permanente de ayudas sociales, circunstancia esta que, tal y como se detecta en algunas investigaciones (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Rodrigo et al., 2005, 2007; Rodríguez et al., 2006; Subirats et al., 2004), fomenta una significativa dependencia de los Servicios Sociales. Los estudios existentes también muestran otras fuentes de precariedad, entre las que destaca, sin duda, la educativa: las familias en situación de riesgo están muy significativamente encabe-

zadas por adultos con nivel de estudios bajo, con índices que no bajan del 70% (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Cató y Mercader, 2000; Martín et al., 2004; Moreno, 2002; Pons-Salvador et al., 2005; Rodrigo et al., 2005, 2006).

En términos generales, el nivel de riesgo con el que los equipos de los Servicios Sociales caracterizan a estas familias como contextos de desarrollo para los menores se asocia tanto al número como a la intensidad en los diferentes índices que se acaban de describir, de manera que a medida que aumenta el nivel de riesgo con el que los profesionales identifican a estas familias los indicadores anteriores se presentan en mayor medida y con una mayor intensidad (Rodríguez et al., 2006; Subirats et al., 2004). Los análisis efectuados en algunos estudios señalan que la combinación de estos indicadores se asocia no sólo a un incremento en el nivel de riesgo, sino también a la persistencia o cronicidad de estas situaciones. Así, por ejemplo, el estudio de Cantó y Mercader (2000) sobre la pobreza infantil en España, realizado a partir de series de datos de la Encuesta Continuada de Presupuestos Familiares de las décadas de los 80 y 90, encuentra que el desempleo del sustentador principal junto a la monoparentalidad constituye el perfil que, en mayor medida, se asocia a una mayor probabilidad de que niños y niñas vivan por debajo del umbral de la pobreza y que, además, permanezcan en esta situación.

Si las evidencias respecto al perfil socioeconómico y demográfico de las familias en situación de riesgo son abundantes, disponemos de un volumen menor de datos respecto a los rasgos más psicosociales que caracterizan a estas familias. Entre las dimensiones que se han abordado en mayor medida, destacan los resultados relativos al apoyo social. En primer lugar, algunos estudios han encontrado como rasgo característico de estas familias el aislamiento social y la existencia de redes de apoyo definidas por relaciones sociales escasas e irregulares (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002; Subirats et al., 2004). No obstante, los resultados de otras investigaciones nos muestran que lo característico del apoyo social de estas familias no es tanto el aislamiento como la composición específica de sus redes. Así, por ejemplo, los resultados encontrados por el equipo de Rodrigo (Rodrigo et al., 2005, 2007, 2008) muestran que estas familias cuentan con redes de apoyo que no son especialmente reducidas, pero sí tienen una composición bastante diferente a las de las familias normalizadas. Esta autora y sus colaboradores evaluaron el apoyo social en dos amplias muestras de familias castellano-leonesas, usuarias y no usuarias de los Servicios Sociales, y encontraron que las familias en situación de riesgo recurren con más frecuencia que las que no lo están a fuentes de apoyo formal, entre las que, además, destaca de manera significativa tanto la ausencia de algunas figuras (los miembros del contexto escolar, que sí forman parte de la red de apoyo de las familias en situación normalizada) como la presencia de otras (sobre todo profesionales de los Servicios Sociales o de organizaciones como Cáritas, ausentes en la red social de las familias que no viven en situación de riesgo). Por otro lado, y también en relación con la composición

de la red social, algunos estudios han encontrado en familias caracterizadas por altos niveles de riesgo unas relaciones inestables y conflictivas con la familia extensa (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002; Rodríguez et al., 2006).

También en el plano relacional, y como ya hemos señalado, estas familias suelen presentar niveles de monoparentalidad que oscilan entre el 30% y el 40% (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Cantó y Mercader, 2000; Martín et al., 2004; Moreno, 2002, 2004; Rodrigo et al., 2006, 2008; Rodríguez et al., 2006). Aquellas en las que hay dos progenitores tienden a estar caracterizadas por relaciones conyugales irregulares (Moreno, 2002) y conflictivas (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Rodríguez et al., 2006).

Por otro lado, y en relación con los datos disponibles respecto a las características individuales de los adultos, junto al perfil sociodemográfico que ya se ha descrito (bajo nivel de estudios, situación económica y laboral precaria, progenitores jóvenes, etc.), estas madres y estos padres suelen tener trayectorias vitales caracterizadas por la acumulación de circunstancias estresantes y problemáticas. Entre éstas destacan experiencias de maltrato en la infancia y la adultez, abuso de drogas y alcohol, problemas de salud, trastornos emocionales y conducta antisocial (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002; Rodríguez et al., 2006).

Finalmente, y si atendemos de manera específica a algunas dimensiones relacionadas con el desempeño de la maternidad y la paternidad, las familias en situación de riesgo suelen estar encabezadas por adultos con una visión muy limitada de sus competencias y habilidades como progenitores, con poca percepción de autoeficacia y un lugar de control externo como madres y padres, dimensión a la que Rodrigo y sus colaboradores denominan agencia personal (Máiquez et al., 2000; Martín et al., 2004; Rodrigo et al., 2006, 2008). Los resultados que nos ofrecen estos mismos autores muestran que las familias en situación de riesgo psicosocial tienden a estar caracterizadas además por unas prácticas educativas coercitivas o bien negligentes-permisivas (Máiquez et al., 2000; Martín et al., 2004; Rodrigo et al., 2006, 2008; Rodríguez et al., 2006).

Tomados en su conjunto, los indicadores anteriores definen hogares que, como contextos de desarrollo, presentan déficits para el ajuste y el bienestar todos sus miembros, muy especialmente los menores. Estos déficits y, por tanto, las intervenciones que en relación con ellos se deben realizar, van más allá de las sin duda importantes necesidades derivadas de la precariedad económica, laboral y educativa que caracteriza a estas familias. Los estudios revisados ponen de manifiesto que los progenitores presentan también otro tipo de necesidades de intervención y apoyo, que tienen que ver con algunas dimensiones relacionadas con su realidad personal como adultos y también como progenitores.

El trabajo que presentamos se enmarca en un proyecto de investigación vinculado al diseño, implantación y evaluación de un programa de formación de madres y padres en colaboración con los Servicios Sociales Comunitarios del Ayuntamiento de Sevilla. Se trata, por tanto, de un programa

dirigido a familias en situación de riesgo que son objeto de intervención por parte de los psicólogos y las psicólogas de las diversas Unidades de Trabajo Social de la ciudad, en concreto, estos profesionales llevan a cabo intervenciones psicoeducativas con los progenitores de estas familias (muy mayoritariamente con las madres) con objeto de optimizar su realidad personal y su dinámica familiar y, con ella, el bienestar de los menores a su cargo. La primera tarea que nos planteamos, antes de afrontar las directrices de la intervención con estas familias, fue llevar a cabo un análisis minucioso de sus características y de los recursos de que disponen para afrontar sus responsabilidades educativas. Este estudio de necesidades nos parece imprescindible tanto para conocer el perfil psicosocial de estas familias como, sobre todo, para diseñar intervenciones específicas y ajustadas a las necesidades reales de estas familias. En línea con la concepción ecológica y sistémica de la familia (Cowan et al., 1998; Minuchin, 1985; Parke y Buriel, 1998; Rodrigo y Palacios, 1998), de cara a identificar las principales necesidades de intervención y apoyo en estas familias nos propusimos explorar diversos indicadores relacionados con tres dimensiones de análisis: características *individuales* de los adultos responsables de los menores, rasgos de las principales relaciones *interpersonales* de estos adultos, y diversos indicadores *familiares* del funcionamiento o la dinámica grupal de estos hogares como contextos de desarrollo. En este artículo vamos a exponer los principales resultados obtenidos en este estudio de cara a cubrir fundamentalmente dos objetivos: por un lado caracterizar a las familias y los adultos en situación de riesgo psicosocial, describiendo cuáles son sus principales características tanto sociodemográficas como psicosociales; por otro, a partir de esta descripción, nos proponemos precisar cuáles se presentan como las principales necesidades de formación y apoyo en estas familias de cara a diseñar una intervención efectiva y específica que permita optimizar su funcionamiento como contextos de desarrollo y educación para todos sus miembros.

Método

Participantes

El estudio que se presenta en este trabajo se ha realizado con la participación de un grupo de 301 mujeres usuarias de los Servicios Sociales Comunitarios del Ayuntamiento de la ciudad de Sevilla. La edad promedio de estas madres se sitúa en torno a los 40 años ($M = 40.21$, $DT = 7.35$) con un rango que oscila entre los 24 y los 72 años. En cuanto a su nivel educativo sólo un 21.9% de ellas ha cursado estudios medios o superiores, mientras que el 43.5% ha terminado la enseñanza primaria, el 28.3% no ha llegado a completar estudios básicos y, de ellas, un 5.4% tiene dificultades para leer y escribir. Por lo que respecta a sus familias, están formadas por una media de algo más de cuatro miembros ($M = 4.22$, $DT = 1.48$) de los cuales en torno a dos son menores ($M = 2.24$, $DT = 1.03$), y en un 22.3% de estos hogares también residen

otras personas, muy mayoritariamente miembros de la familia extensa. Por otro lado, el 50.2% de las mujeres de la muestra forman parte de hogares biparentales, mientras que un 46.7% están separadas o divorciadas y un muy reducido grupo (3.1%) son viudas.

Instrumentos

Los resultados que describimos en este trabajo tienen que ver, como ya se ha señalado, con diversas dimensiones de análisis de la dinámica familiar que se concretan en índices tanto individuales como interpersonales y familiares. Para evaluar estos índices se utilizaron diferentes instrumentos, la mayoría de ellos son herramientas elaboradas por diversos autores y ampliamente utilizadas en la investigación para analizar la dinámica familiar, en algún caso adaptamos alguna escala o bien la diseñamos nosotros mismos. En concreto, la información que se describe en este artículo se obtuvo utilizando los instrumentos que se describen a continuación.

- Los técnicos de los equipos comunitarios completaron, tras una o varias entrevistas con cada usuaria, un *informe sociodemográfico* diseñado por nuestro equipo en el que se recaban diversos datos referidos tanto a la usuaria como a su familia:
 - Datos familiares: Amplitud y composición del núcleo familiar, así como algunos indicadores de la situación socioeconómica (ingresos aproximados, procedencia de los mismos, número de miembros de familia con aportación estable a la economía familiar, y existencia y tipo de ayudas sociales).
 - Datos de la usuaria: Junto a información sociodemográfica (edad y nivel educativo) y laboral (situación profesional, tipo de empleo, grado de estabilidad e ingresos aproximados), el informe incluía el *Inventario de Situaciones Estresantes y de Riesgo* (ISER; Hidalgo, Menéndez, Sánchez, López, Jiménez y Lorence, 2005). Esta escala se centra en diversos sucesos vitales estresantes (tanto del pasado como acaecidos en el último año) respecto a los cuales la usuaria informa sobre la ocurrencia o no de cada situación y el grado de afectación personal con el que han sido o están siendo vividas ($\alpha = .68$).
- Utilizamos la versión para adolescentes de la escala *Home Observation and Measurement of the Environment* (HOME, Bradley y Caldwell, 2000) para evaluar las características estructurales y materiales del ambiente familiar, completando la prueba con la correspondiente versión del *Cuestionario de Vida Cotidiana* (CVC), una entrevista semiestructurada desarrollada por Moreno (2001) ($\alpha = .80$).
- El apoyo social se evaluó mediante las siguientes pruebas:
 - *Arizona Social Support Interview Schedule* (ASSIS, Barrera, 1980). Esta entrevista semiestructurada recoge información sobre diversas dimensiones del apoyo social en situaciones cotidianas o normalizadas (amplitud y composición de la red social, grado de necesidad de diversos tipos de

ayuda, satisfacción con el apoyo que aporta la red social y grado de conflictividad de la misma).

- *Apéndice a ASSIS* (ASSIS-A, López, Menéndez, Sánchez, Hidalgo, Lorence y Jiménez, 2005). Desarrollamos e incorporamos a ASSIS dos bloques complementarios que abordan dos dimensiones del apoyo social no contempladas en el instrumento de Barrera (1980): el nivel de reciprocidad con los miembros de la red y el apoyo social frente a situaciones especialmente problemáticas y estresantes. El coeficiente de fiabilidad del instrumento completo (ASSIS y ASSIS-A) fue $\alpha = .82$.
- En cuanto a la relación de pareja, se emplearon las siguientes escalas:
 - *Enrich Marital Satisfaction Scale* (EMS, Fowers y Olson, 1993), para evaluar la satisfacción con la relación ($\alpha = .83$).
 - *Parental Alliance Inventory* (PAI, Abidin y Bruner, 1995), para obtener información sobre la alianza parental, la relación de apoyo y confianza que existe entre la pareja como progenitores ($\alpha = .91$).
- Evaluamos diversas dimensiones individuales mediante los siguientes instrumentos:
 - *Parental Sense of Competence* (PSOC, Johnston y Mash, 1989). Esta prueba evalúa la competencia percibida como progenitor a través de dos subescalas: eficacia como madre o padre y satisfacción con este rol ($\alpha = .70$).
 - *Cuestionario de Autoestima AUT-17* (Gracia, Herrero y Musitu, 2002). Esta escala aporta una estimación del nivel global de autoestima así como de la autovaloración de la persona en cinco ámbitos: autoestima familiar, social, emocional, intelectual y física ($\alpha = .74$).

Procedimiento

El estudio se ha llevado a cabo, como ya se ha señalado, en colaboración con el Área de Bienestar Social del Ayuntamiento de Sevilla y, en concreto, con la participación de los psicólogos y las psicólogas de 11 Unidades de Trabajo Social de esta ciudad. Tras consensuar una serie de criterios que debían cumplir las familias que compondrían la muestra (familias con expedientes activos por razones de preservación familiar, con menores a su cargo y, según la tipología usada por los técnicos comunitarios, en situación de dificultad o riesgo moderado), estos profesionales seleccionaron en cada uno de sus centros a un grupo de usuarias y, tras recabar su colaboración en el estudio, las citaron en las dependencias de la UTS. En esta cita un miembro de nuestro equipo mantenía una entrevista en profundidad con cada madre, en la que eran administrados los instrumentos de evaluación a los que ya se ha hecho referencia, y se recogía el informe completado por el técnico que se acaba de describir en el apartado anterior.

Resultados

En este apartado comenzaremos exponiendo los resultados obtenidos en relación con las dimensiones de carácter individual, a continuación nos detendremos en las características de las relaciones interpersonales de las madres de la muestra y, en tercer lugar, describiremos los principales rasgos de sus hogares y su contexto familiar. La Tabla 1 recoge un resumen de los principales resultados obtenidos.

Respecto a las dimensiones de naturaleza individual, en el apartado relativo a la descripción de la muestra ya hemos hecho referencia a cuestiones como el nivel educativo de estas madres y su edad. En cuanto a la situación profesional de estas mujeres, los resultados obtenidos indican que el 19.4% trabaja por temporadas o cuando surge alguna ocupación remunerada puntual, mientras que un 57.3% de ellas lo hace de manera continuada. En general se trata de empleos descritos como estables (60.9% de los casos) pero que sólo están regulados por contrato en un 40% de las ocasiones; muy mayoritariamente (86.3%) consisten en trabajos que no requieren ningún tipo de cualificación profesional o bien ésta es baja. Estos empleos aportan unos ingresos promedio de 581.05 € mensuales ($DT = 351.34$).

La escala ISER mostró que las participantes en el estudio acumulaban una media de 3.38 situaciones vitales estresantes ($DT = 2.05$), de las cuales 1.11 ($DT = 1.04$) se relacionan con experiencias que han sucedido en algún momento de su vida, mientras que 2.28 ($DT = 1.46$) han tenido lugar en el último año o bien siguen presentes en la actualidad. Entre las situaciones más frecuentes en el pasado destacaron las experiencias de maltrato durante la adultez (que han afectado a un 48.4% de la muestra) y en la infancia (21.5%); por su parte, las situaciones actuales y/o del último año con una mayor incidencia (ver Figura 1) fueron las relaciones conflictivas con la pareja (50.5%) o con los hijos (47.4%), el paro (30.1%) y haber tomado la decisión de separarse (28%). Utilizamos los percentiles 25 y 75 como puntos de referencia para establecer tres niveles en función de la acumulación de un mayor o menor número de circunstancias estresantes: las participantes en el estudio quedaron así clasificadas en un grupo con un número de situaciones problemáticas bajo (entre 0 y 2 factores, 36.6% de la muestra), medio (3-4 factores, 36.6%) y alto (5 o más factores, 26.9% de las madres).

Tabla 1: Principales resultados.

| | Media | DT | min-max |
|--|-------|-------|-----------|
| <i>HOME</i> (P ₂₅ =29)(P ₇₅ =38) | 33.65 | 7.24 | 15-53 |
| <i>ASSIS</i> | | | |
| Amplitud de la red de apoyo | 6.12 | 3.11 | 0-18 |
| Necesidad | 6.93 | 2.26 | 1-10 |
| Satisfacción | 7.57 | 2.42 | 1-10 |
| Amplitud de la red conflictiva | 0.83 | 1.19 | 0-9 |
| Amplitud de la red recíproca | 5.41 | 3.02 | 0-13 |
| Apoyo emocional: | | | |
| Amplitud de la red | 3.90 | 2.61 | 0-13 |
| Necesidad | 7.83 | 2.42 | 1-10 |
| Satisfacción | 7.36 | 3.06 | 1-10 |
| Apoyo tangible: | | | |
| Amplitud de la red | 3.56 | 2.40 | 0-14 |
| Necesidad | 5.88 | 3.37 | 1-10 |
| Satisfacción | 7.92 | 3.08 | 1-10 |
| Apoyo informativo: | | | |
| Amplitud de la red | 3.03 | 2.27 | 0-13 |
| Necesidad | 6.98 | 3.04 | 1-10 |
| Satisfacción | 7.65 | 3.01 | 1-10 |
| Apoyo frente a situaciones problemáticas: | | | |
| Amplitud de la red | 4.83 | 3.53 | 0-15 |
| <i>EMS</i> | 30.56 | 5.47 | 12.5-40.3 |
| <i>PAI</i> | 79.46 | 15.45 | 41-100 |
| <i>ISER</i> | | | |
| Situaciones estresantes acumuladas | 3.38 | 2.05 | 0-10 |
| Situaciones estresantes pasadas | 1.11 | 1.04 | 0-5 |
| Situaciones estresantes recientes o actuales | 2.28 | 1.46 | 0-7 |
| <i>AUT-17</i> | | | |
| Autoestima global | 56.77 | 10.37 | 29-80 |
| Subescalas (puntuaciones directas): | | | |
| Social | 11.87 | 2.89 | 3-15 |
| Familiar | 15.04 | 3.72 | 4-20 |
| Física | 9.75 | 2.75 | 3-15 |
| Intelectual | 8.89 | 3.16 | 3-15 |
| Emocional | 7.75 | 3.51 | 4-20 |
| Subescalas (promediadas sobre 5): | | | |
| Social | 4.02 | 0.95 | 1-5 |
| Familiar | 3.70 | 1.02 | 1-5 |
| Física | 3.31 | 0.96 | 1-5 |
| Intelectual | 2.91 | 1.07 | 1-5 |
| Emocional | 2.85 | 0.92 | 1-5 |
| <i>PSOC</i> | | | |
| Competencia como madre | 54.17 | 10.8 | 33-85 |
| Subescalas (puntuaciones directas): | | | |
| Eficacia percibida como madre | 26.94 | 7.95 | 7-42 |
| Satisfacción con el rol | 31.38 | 7.49 | 14-48 |
| Subescalas (promediadas sobre 6): | | | |
| Eficacia percibida como madre | 3.73 | 1.18 | 1-6 |
| Satisfacción con el rol | 3.59 | 0.79 | 1-6 |

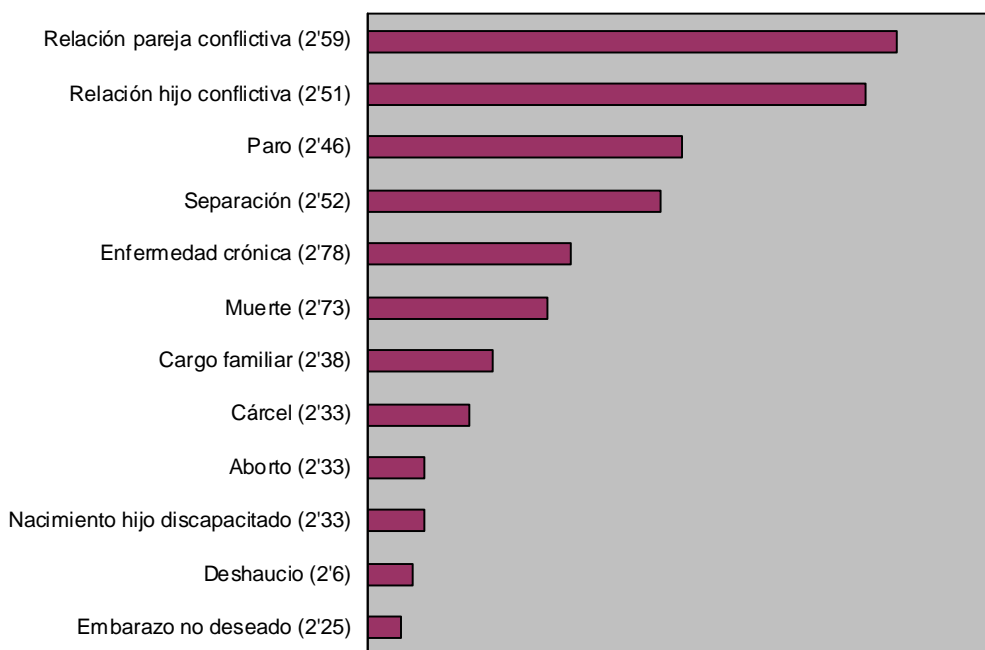


Figura 1: Circunstancias vitales estresantes: frecuencia (barras) e impacto emocional (paréntesis).

La prueba utilizada evalúa mediante una escala de 1 a 3 el impacto emocional con el que han sido o están siendo vividas las situaciones vitales estresantes. Las medias más elevadas (representadas en la figura 1 entre paréntesis) fueron obtenidas en situaciones experimentadas por un porcentaje bajo de la muestra: madres que padecen algún tipo de enfermedad crónica (19.4% de las participantes, con una media de 2.78), o que han pasado en el último año por experiencias como la muerte de alguien cercano (17%, media de 2.73) o un desahucio (4.3%, con una media de 2.60). A continuación destaca el impacto emocional de circunstancias más frecuentes, como las relaciones conflictivas con la pareja o con los hijos, que obtuvieron medias de 2.59 y 2.51 respectivamente. Con objeto de explorar la relación entre la acumulación de situaciones problemáticas y la posible vulnerabilidad emocional asociada a dicha acumulación, elaboramos una variable en la que se promedió el impacto emocional de las diversas circunstancias estresantes experimentadas por cada participante, de manera que este nuevo índice pudiera tener los mismos valores mínimos y máximos para cada madre con independencia del número de situaciones problemáticas que ésta afrontara. Las diferencias entre los tres grupos fueron estadísticamente significativas ($F = 5.42, p < .005$) y los contrastes *post hoc* revelaron que esta significatividad venía marcada por las diferencias entre el impacto emocional promediado del grupo de madres que acumulaban un número alto de situaciones estresantes (media de 2.74 en una escala de 1 a 3) respecto a los otros dos, el de un número medio (2.34, $p < .05$) y bajo (media de 2.30, $p < .005$).

En cuanto a los resultados obtenidos en relación con la autovaloración de las participantes en el estudio, la media

alcanzada en el cuestionario de autoestima AUT-17 fue 56.77 ($DT = 10.37$). El análisis de las puntuaciones promediadas de las diversas subescalas que componen esta prueba mostró que las áreas con valores más críticos fueron la autoestima emocional (media de 2.85 en una escala de 1 a 5) y la intelectual (2.91); las diversas comparaciones de medias mostraron que las dos puntuaciones eran significativamente más bajas que el resto de las subescalas ($p < .001$ en los seis contrastes *t* efectuados). Por otro lado, y en relación con la competencia percibida como madres, la media total de la escala PSOC fue de 54.17 ($DT = 10.8$) y las puntuaciones de las dos dimensiones incluidas en esta prueba, la eficacia percibida como madre y la satisfacción con este rol, mostraron guardar cierta autonomía, pues la correlación entre ambas resultó positiva pero no estadísticamente significativa. Los valores promediados de las dos subescalas reflejaron que la percepción de eficacia como madre fue ligeramente más alta que la satisfacción experimentada en ese rol, aunque esta diferencia no fue estadísticamente significativa. La Tabla 2 recoge la matriz de correlaciones entre las puntuaciones anteriores y las diversas variables relacionadas con la autoestima. Como puede apreciarse ambas dimensiones mostraron una relación positiva y significativa a nivel general, de manera que las mujeres con una autoestima más elevada se sentían más competentes como madres ($r = .372, p < .005$), y más satisfechas ($r = .254, p < .05$) y eficaces ($r = .306, p < .01$) con este rol. En concreto, estas relaciones resultaron especialmente estrechas en el caso de la autoestima emocional y sobre todo la familiar.

Tabla 2: Correlaciones entre las puntuaciones en autoestima y la competencia percibida como madres.

| | PSOC: Global | Eficacia | Satisfacción |
|--------------------|--------------|----------|--------------|
| AUTOESTIMA: Global | .372*** | .306** | .254* |
| Familiar | .340** | .288* | .253* |
| Social | ns | ns | ns |
| Emocional | .391*** | .332** | ns |
| Intelectual | ns | ns | ns |
| Física | ns | ns | ns |

Nota.- * $p < .05$ ** $p < .01$ *** $p < .005$ **** $p < .001$

Respecto a las características de las relaciones interpersonales de las participantes en el estudio, como ya se ha señalado un 50.2% conviven de manera estable con una pareja mientras que el 49.8% encabezan hogares monoparentales. Las mujeres con una relación estable completaron la escala de satisfacción marital EMS, obteniendo una media de 30.56 ($DT = 5.47$). En cuanto a la segunda dimensión de la relación conyugal que evaluamos, la alianza parental, los resultados obtenidos arrojan una media de 79.46 ($DT = 15.45$). El índice de correlación de Pearson mostró que ambas dimensiones guardaban una relación positiva y significativa ($r = .661$ $p < .001$), de manera que las madres con una relación conyugal más satisfactoria también mantenían con sus parejas relaciones sólidas y de apoyo mutuo como progenitores.

Las mujeres de la muestra disponen de una red social de apoyo compuesta por una media de 6.12 personas ($DT = 3.11$), red que, en su mayor parte (58.7% de los casos) está integrada por una combinación de familiares y no familiares, mientras que en menor medida encontramos redes que incluían sólo a miembros de la familia (29%) o a no familiares (12.2%). Por otro lado, y también en relación con la composición de la red social, hay que señalar la presencia de determinadas figuras como fuente de apoyo, especialmente la pareja (citada por un 69.9% de las madres con relación estable), hijos o hijas menores de edad (27% de los casos), y profesionales de diverso tipo (22.7%), entre los cuales destacan muy mayoritariamente los que trabajan en los Servicios Sociales. Por su parte la red conflictiva estaba formada por 0.83 personas ($DT = 1.19$) y su composición fue muy variada, destacando figuras como los hijos o las hijas (mencionados solos o en combinación con otras personas en un 20.9% de los casos), la pareja (37.4% de las madres con relación estable), o la expareja (15.8% de las mujeres separadas).

En relación con el grado de reciprocidad del apoyo social, las participantes en el estudio se percibían a sí mismas como fuente de apoyo para una media de 5.41 personas ($DT = 3.02$). La red recíproca tendió a ser más amplia mientras más elevada fuera, a su vez, la red total de apoyo ($r = .616$, $p < .001$), y su composición de nuevo consistió principalmente una combinación de familiares y no familiares (66.1% de los casos) y, en menor medida, sólo familiares (21%) o no familiares (12.9%).

Si atendemos a los tres tipos de apoyo que evalúa la prueba utilizada, como queda recogido en la Tabla 3 la red emocional resultó más amplia que las demás y estas diferencias, aunque reducidas, son estadísticamente significativas

tanto con la red tangible como con la informativa; a pesar de estas diferencias, encontramos correlaciones positivas y también significativas entre el tamaño de las tres redes de apoyo. Los resultados obtenidos en cuanto a la composición de la red para los tres tipos de apoyo muestran algunas diferencias destacables: los miembros de la familia destacan como una importante fuente de ayuda y apoyo en las tres modalidades analizadas, especialmente para el tangible y el informativo; no obstante, la red de apoyo emocional está integrada en mayor medida además por miembros ajenos a la familia. De nuevo hay que destacar cómo los profesionales son un recurso al que muchas madres acuden para recibir apoyo, sobre todo a nivel informativo, aunque también son mencionados como una importante fuente de ayuda en el plano emocional.

Expresada en una escala de 1 a 10, la necesidad de apoyo experimentada por las madres de la muestra alcanzó una media de 6.93 (ver tabla 3). Esta necesidad resultó significativamente más elevada en el ámbito emocional, mientras que el área en la que las participantes en el estudio manifestaron una menor demanda fue el apoyo material o tangible; las diferencias anteriores son estadísticamente significativas en todos los casos. En la tabla 3 quedan recogidas las positivas y también significativas correlaciones que aparecieron entre la necesidad de apoyo en los tres ámbitos analizados. Los resultados obtenidos en cuanto a la satisfacción de las madres con el apoyo recibido muestran medias elevadas que, en todos los casos, superaron el 7 en una escala de 1 a 10. El área en la que apareció una mayor satisfacción fue la ayuda material o tangible, aunque las diferencias no son estadísticamente significativas. Sí resultaron relevantes las correlaciones positivas que aparecen entre la satisfacción con las tres modalidades de apoyo.

Las madres de la muestra contaban una media de 4.83 personas ($DT = 3.53$) para recibir apoyo en situaciones particularmente problemáticas y de riesgo. Esta red resultó ser significativamente más reducida que la disponible para situaciones normalizadas ($t = 4.97$, $p < .001$), aunque el tamaño de ambas guardó una relación positiva y significativa ($r = .616$, $p < .001$). En cuanto a la composición de la red para situaciones estresantes, se trata de familiares en un 27.3% de los casos, 9.1% no familiares, 29.1% una combinación de ambos, y en un 34.6% de las ocasiones el apoyo disponible proviene de profesionales, solos (7.3%) o junto a otras fuentes (27.3%).

Por lo que respecta a las características del contexto familiar, en el apartado de descripción de la muestra ya indicamos que estas mujeres forman parte de familias integradas por término medio por cuatro miembros y con en torno a dos hijos o hijas; aproximadamente en una quinta parte (22.3%) de los hogares viven además otras personas, sobre todo miembros de la familia extensa. En relación con los hogares, estas familias residen en viviendas con un tamaño promedio de 66.61m² ($DT = 16.74$) y descritas como ruidosas en un 57.1% de los casos. La relación entre la amplitud del hogar y el número de personas que en él residen resultó

positiva pero no estadísticamente significativa ($r = .062, p = .428$).

Las familias de las participantes en el estudio cuentan con unos ingresos mensuales aproximados de 888.74 € ($DT = 562.17$) y éstos no son estables en un 36.6% de los casos. Se trata de ingresos que provienen de diversas fuentes: únicamente del trabajo, de los progenitores y/o de algún hijo

(50.6% de los casos), de alguna ayuda social (14.1%) y de ambos (35.3%); por tanto, un 49.4% de estas familias son receptoras de ayudas sociales. Finalmente, y también en relación con la situación económica familiar, debemos destacar que en un 81.1% de las familias monoparentales el padre no contribuye con ninguna pensión a la economía familiar.

Tabla 3: Apoyo social: principales resultados

| | Media | DT | t | r |
|--------------------------------|-----------|----------|-----------------------|-----------------------|
| <i>Amplitud de la red:</i> | | | | |
| Apoyo emocional ^a | 3.90 | 2.61 | $t_{ab} = 2.18^*$ | $r_{ab} = .510^{***}$ |
| Apoyo tangible ^b | 3.56 | 2.40 | $t_{ac} \text{ ns}$ | $r_{ac} = .468^{***}$ |
| Apoyo informativo ^c | 3.03 | 2.27 | $t_{bc} = 5.85^{***}$ | $r_{bc} = .424^{***}$ |
| <i>Necesidad:</i> | | | | |
| Apoyo emocional ^a | 6.93 | 2.26 | $t_{ab} = 8.96^{***}$ | $r_{ab} = .267^{***}$ |
| Apoyo tangible ^b | 7.83 | 2.42 | $t_{ac} = 5.20^{***}$ | $r_{ac} = .451^{***}$ |
| Apoyo informativo ^c | 5.88 | 3.37 | $t_{bc} = 5.04^{***}$ | $r_{bc} = .389^{***}$ |
| <i>Satisfacción:</i> | | | | |
| Apoyo emocional ^a | 6.98 | 3.04 | $t_{ab} \text{ ns}$ | $r_{ab} = .339^{***}$ |
| Apoyo tangible ^b | 7.57 | 2.42 | $t_{ac} \text{ ns}$ | $r_{ac} = .341^{***}$ |
| Apoyo informativo ^c | 7.36 | 3.06 | $t_{bc} \text{ ns}$ | $r_{bc} = .343^{***}$ |
| | Emocional | Tangible | Informativo | |
| <i>Composición de la red:</i> | | | | |
| Familiares | 35.4% | 47% | 40.1% | |
| No familiares | 16.8% | 11.8% | 17.5% | |
| Familiares y no familiares | 35% | 33% | 26.4% | |
| Profesionales | 3.3% | 0.7% | 1.1% | |
| Comb.con profesionales | 9.5% | 7.5% | 14.9% | |

Nota.- * $p < .05$ *** $p < .001$

Finalmente, las puntuaciones de la escala HOME se caracterizaron por una media de 33.62 ($DT = 7.14$); el 25% de las familias obtuvieron valores inferiores a 29 mientras que el valor 38 sólo fue superado en un 25% de los hogares de la muestra. Los análisis de correlación mostraron tendencias significativas a que los valores de HOME resultaran más bajos en familias más numerosas ($r = -.280, p < .001$) y que residían en viviendas más pequeñas ($r = .339, p < .001$).

Discusión y conclusiones

El primer objetivo de nuestro trabajo consistía en describir a las familias en situación de riesgo usuarias de los servicios sociales comunitarios, sus relaciones interpersonales y las características de sus hogares, y hacerlo atendiendo no sólo a dimensiones sociodemográficas sino también psicosociales. En este sentido, tomados en su conjunto los resultados que hemos descrito en este informe apuntan en la misma dirección y se sitúan en la línea de trabajos que vienen aportando evidencias empíricas que apoyan una distinción ampliamente admitida a nivel teórico: la necesidad de diferenciar pobreza y exclusión social. Tal y como plantean Subirats y colaboradores (2004) este tipo de evidencias señalan que lo que define a la población en situación de riesgo no es tanto o sólo la pobreza (término que deriva de una concepción más clásica y asistencial, ligada exclusivamente a la precariedad económica) sino la exclusión social, entendida en el sentido de

vivir en circunstancias de precariedad muy diversa (económica, pero también laboral y educativa) que dificultan o impiden el acceso a derechos sociales que garantizan la participación plena en una sociedad determinada (Raya, 2004; Subirats et al., 2004; Tezanos, 2001). En este sentido el estudio que hemos llevado a cabo señala que el área económica, siendo importante, no es el ámbito esencial en el que se sitúan las principales necesidades de intervención y de apoyo para estas familias. Ello con toda probabilidad se debe en parte a que estas familias tienen expediente activo en los Servicios Sociales y, de hecho, muchas de ellas son receptoras de ayudas sociales, de manera que el área económica, aunque de manera moderada (recuérdense los ingresos medios de estas familias) parece estar mínimamente atendida. Pero existen también otros ámbitos de precariedad muy significativos en estas familias que no quedan cubiertos mediante ayudas económicas. De hecho, si tomamos en consideración la percepción de estas mujeres, el área material es la que se asocia a una menor sensación subjetiva de necesidad de apoyo y a una mayor satisfacción son la ayuda recibida, mientras que el apoyo emocional destaca por ser vivido como el área con más necesidad y con menos satisfacción.

Los resultados obtenidos en nuestro estudio dibujan un perfil sociodemográfico muy similar al que presentan otras investigaciones, al tiempo que aportan información complementaria. A este respecto, nuestros datos señalan que estas familias viven en unas circunstancias de considerable

precariedad que, retomando la distinción de Subirats y su equipo (2004), no es sólo económica sino también educativa y laboral. De especial relevancia nos parece la elevada tasa de actividad laboral de estas mujeres (poco sorprendente si se tiene en cuenta que encabezan en más de la mitad de los casos hogares monomarentales) pero asociada a un igualmente elevado grado de precariedad de sus empleos (en un elevado porcentaje de casos sin contrato e inestables). Los resultados relacionados con las características de los hogares de estas familias (ruidosos, de tamaño reducido y sin relación con el número de personas que en ellos residen) no hacen sino confirmar la precariedad generalizada de sus circunstancias vitales.

Pero como ya hemos señalado la caracterización anterior, basada en un análisis de información sociodemográfica, ya ha sido ampliamente mostrada en otros muchos estudios, mientras que disponemos de menos evidencias sobre cuál es el perfil psicosocial de las familias en situación de riesgo. Es en este sentido en el que la información presentada en este artículo es más novedosa y aporta evidencias de mayor interés, dado que, como venimos comentando, la situación de riesgo de estas familias se caracteriza por algo más que la precariedad económica.

Si atendemos a los resultados obtenidos respecto a las principales características individuales de estas mujeres, al igual que en otros estudios (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002; Rodríguez et al., 2006) nuestros propios datos también muestran que tanto sus trayectorias vitales como sus circunstancias actuales de vida están caracterizadas por una notable acumulación de experiencias y situaciones estresantes. En este sentido, nos parecen destacables dos tendencias encontradas entre nuestros datos. De una parte, el análisis de las circunstancias problemáticas experimentadas con mayor frecuencia revela que muchas de las mismas (experiencias de malos tratos, relaciones conflictivas con la pareja y/o con los hijos...) están relacionadas con elementos estresantes propios de la dinámica familiar, hecho que, de nuevo de acuerdo con las conclusiones ofrecidas por Subirats (2004), señala una importante precariedad a nivel familiar. Por tanto, las complicadas trayectorias vitales de estas mujeres parecen tener repercusiones de especial relevancia en el ámbito de la dinámica familiar, lo cual apunta hacia la necesidad de situar parte de la intervención dirigida a esta población en sus relaciones familiares. Por otro lado, los resultados obtenidos reflejan una significativa tendencia a que el impacto emocional con el que se vive y se afronta cada circunstancia estresante sea progresivamente mayor mientras más problemas haya en la vida de estas mujeres, lo cual no hace sino evidenciar que esta acumulación de circunstancias estresantes tiende a incrementar la vulnerabilidad emocional de estas mujeres.

Esta tendencia a una mayor vulnerabilidad emocional se relaciona, con toda probabilidad, con la valoración que estas mujeres hacen tanto de sí mismas en general como de su realidad como madres en particular. Los resultados obtenidos muestran una autoestima especialmente baja en las áreas

emocional e intelectual, así como una tendencia a evaluar de manera bastante moderada su desempeño como madres; desde nuestro punto de vista, estas evidencias apuntan hacia la existencia, en la población en situación de riesgo, de importantes necesidades en el plano emocional. Nos parecen en este sentido destacables las relaciones encontradas entre estas dimensiones, relaciones que, como se recordará, muestran que las mujeres que se perciben como menos competentes y eficaces como madres y que se muestran menos satisfechas al respecto son, a su vez, las que tienen una autoestima más baja en general, y en particular en las áreas emocional y familiar. Consideramos que estas relaciones continúan apuntando hacia las dimensiones familiares como un ámbito en el que se concretan importantes necesidades de las mujeres en situación de riesgo y, por tanto, como un área a tomar en consideración de cara a la intervención.

En cuanto a las dimensiones interpersonales analizadas, los resultados obtenidos sobre la relación de pareja se asemejan, en parte, a los encontrados en otros estudios (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Rodríguez et al., 2006) a la hora de mostrar relaciones conyugales particularmente problemáticas. Así, algunas de las circunstancias estresantes y de riesgo destacadas por un porcentaje importante de las mujeres de la muestra tienen que ver con sus parejas (especialmente mantener o haber mantenido relaciones descritas como muy conflictivas y haber tomado la decisión de separarse) y se trata, además, de circunstancias que han sido vividas con una especial intensidad emocional; en la misma línea, la pareja o la ex-pareja es señalada, en la evaluación de las redes sociales de apoyo, como fuente habitual de conflicto en muchos casos. De hecho, en el momento de llevar a cabo el estudio en torno a la mitad de estas mujeres encabezaban hogares monomarentales, realidad ampliamente destacada por los estudios efectuados con población en riesgo (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Cantó y Mercader, 2000; Martín et al., 2004; Moreno, 2002, 2004; Rodrigo et al., 2006; Rodríguez et al., 2006). En las familias biparentales, los resultados referidos tanto a la alianza parental como a la satisfacción con la relación deben ser interpretados con cierta cautela, ya que en el momento de redactar estas páginas no disponemos de otros resultados para utilizar como referencia diferentes a los encontrados por los autores de las pruebas utilizadas en los estudios de baremación de las mismas (Abidin y Bruner, 1995; Fowers y Olson, 1993). Con las precauciones señaladas, sólo podemos mencionar que nuestros datos son ligeramente más bajos que los obtenidos con población normalizada, tanto en el caso de la alianza parental como en el de la satisfacción marital. No obstante, hemos encontrado otros indicadores en nuestro estudio que apuntan hacia el especial papel que puede estar desempeñando la pareja en algunas de estas familias, en un contexto más general con una elevada monomarentalidad y con una frecuente presencia de conflictos conyugales. Así, como se recordará la pareja es destacada como fuente de apoyo por parte de en un amplio porcentaje de las mujeres de familias biparentales, al tiempo que, también en estos casos, parece existir una significativa relación

entre los roles como pareja y como progenitores, puesto que las relaciones más satisfactorias también tienden a ser aquellas con una mayor y mejor alianza parental, es decir, las caracterizadas por más apoyo y compenetración como progenitores.

Los resultados obtenidos en relación con el apoyo social nos parecen especialmente relevantes. A diferencia de otras investigaciones que encuentran un elevado aislamiento social en la población en situación de riesgo (Arruabarrena y De Paúl, 2002; Moreno, 2002; Subirats et al., 2004), las participantes en el estudio cuentan con redes sociales que no son especialmente reducidas en comparación con las de las familias normalizadas y dentro de las cuales, además, parece existir un notable grado de reciprocidad. En este sentido, coincidimos con Rodrigo y su equipo (Rodrigo et al., 2005, 2007, 2008) al considerar que hay otras características más destacables en la red social de estas mujeres, muy particularmente su composición, puesto que muchas de mujeres de la muestra buscan apoyo en personas que o bien no deberían formar parte de sus redes informales (como los profesionales de los Servicios Sociales, que destacan además como fuente de apoyo a nivel emocional e informativo) o bien deberían ser receptores y no fuente de apoyo (como los hijos o las hijas). Desde nuestro punto de vista estos resultados apuntan hacia la composición de la red social como un área en la que se sitúan necesidades muy relevantes, y consideramos, al igual que Rodrigo y su equipo (2005, 2007, 2008) que la presencia de profesionales como fuente de apoyo no hace sino evidenciar la notable dependencia (mucho más que económica) de estas familias de los Servicios Sociales.

Por otro lado, y como antes se ha señalado, nos parece muy revelador el análisis de la necesidad subjetiva de diversos tipos de apoyo, así como la satisfacción con la ayuda que habitualmente se recibe en cada caso. A diferencia de lo que cabría esperar en una muestra en situación de riesgo con notables problemas económicos, el área material o tangible es la que genera más satisfacción y en relación con la cual las participantes en el estudio experimentan menos necesidad (de hecho, un porcentaje importante de estas familias son receptoras de ayudas sociales). Sin embargo, a juicio de estas mujeres, las áreas que perciben como menos y peor cubiertas (con más necesidad de ayuda y menos satisfacción con la que reciben) son la emocional y la informativa. Recuérdese que se trata además de los tipos de apoyo para los que se recurre en mayor medida a profesionales y que, además, también son los ámbitos en los que la autoestima de las participantes en el estudio destacaba como especialmente baja.

Por tanto estas mujeres tienen importantes necesidades relacionadas con sus redes sociales de apoyo, muy especialmente en cuanto a su composición y a las funciones que cumple. La necesidad de normalizar y fortalecer a red de apoyo adquiere una especial relevancia si tenemos en cuenta los resultados obtenidos en relación con el apoyo social frente a situaciones problemáticas y de riesgo, pues frente a este tipo de situaciones, particularmente frecuentes en estas mu-

jes como ya se ha comentado, la red social de apoyo es más reducida.

Finalmente, los resultados obtenidos también muestran importantes necesidades relacionadas con los hogares y las familias de las participantes en el estudio. Por un lado estas familias viven en unas circunstancias de notable precariedad material y económica, tal y como evidencian los resultados ya comentados respecto a las características de los hogares, o los datos sobre el nivel y la procedencia de los ingresos familiares. Pero por otra parte, de nuevo debemos destacar que también en este sentido la precariedad y la existencia de importantes necesidades va más allá de lo material y lo económico, como ponen de manifiesto los resultados de la escala HOME, muy bajos si se los compara no sólo con los obtenidos por el autor de la prueba (Bradley y Caldwell, 2000) sino con los que nuestro propio equipo ha obtenido en estudios previos con muestras de familias normalizadas (Hidalgo, 1995; López, 2005; Menéndez, 1999). Estos resultados, unidos a otros que ya se han señalado, destacan cómo las familias de estas mujeres presentan importantes déficits a la hora de estructurar y organizar la dinámica familiar de cara a que su hogar sea un buen contexto educativo y de socialización de sus hijos e hijas y, por tanto, albergan muy relevantes necesidades de intervención y apoyo en esta línea.

Los resultados presentados muestran, en síntesis, que entre las familias en situación de riesgo psicosocial tienden a darse necesidades de muy diversa índole además de las económicas, y esta diversidad adquiere todo su sentido, como antes señalábamos, si se toma en consideración la noción de exclusión social frente a la de pobreza. Entre otras cosas, esta distinción implica que las intervenciones dirigidas a colectivos en estas situaciones o en riesgo de padecerlas deben ir más allá de atender las necesidades económicas de los individuos, porque su situación también incluye otros ámbitos de precariedad que o bien están directamente ligados a la situación de exclusión o bien la favorecen. De hecho, muchas de las circunstancias de riesgo y de precariedad que hemos venido señalando son difícilmente modificables pero sobre otras sí se puede —y se debe— intervenir desde la administración para optimizar las circunstancias de vida de estas mujeres y de sus familias. A este respecto, los resultados del estudio de necesidades descrito en este trabajo apuntan hacia áreas muy diversas, que tienen que ver con dimensiones tanto personales como familiares. En concreto, como hemos señalado, las madres estudiadas parecen estar rodeadas de variadas y abundantes circunstancias estresantes y necesitan contar con recursos personales más sólidos (a nivel socio-personal y cognitivo) para poder afrontar estas situaciones. Sus redes sociales, aunque moderadas en cuanto a su amplitud, no cuentan con la composición más adecuada para proporcionar a estos progenitores el apoyo que necesitan (especialmente de carácter emocional e informativo). Además, en relación con la tarea educativa de los hijos, se trata de contextos familiares bastante desestructurados, donde las prácticas educativas existentes no favorecen la atención adecuada de las necesidades de desarrollo de los hijos e hijas. En re-

sumen, por tanto, los progenitores de estas familias muestran necesidades tanto de desarrollo personal como de formación en habilidades parentales, y esta diversidad de necesidades debe ser tenida en cuenta a la hora de diseñar las actuaciones de intervención que los Servicios Sociales Comunitarios ponen en marcha para atender a estas familias si realmente se quiere optimizar su funcionamiento.

Desde nuestro punto de vista, una vía muy adecuada para cubrir estas necesidades son los programas psicoeducativos de formación de madres y padres que utilizan el formato de trabajo en grupo y una metodología participativa y experiencial, actuaciones que se están consolidando en los últimos años en distintas comunidades de nuestro país como intervenciones efectivas para las familias en situación de riesgo psicosocial (Rodrigo et al., 2008; Hidalgo et al., 2009;

Hidalgo, Menéndez, Sánchez, López, Lorence y Jiménez, 2007; Trenado, Pons-Salvador y Cerezo, 2009). Es importante trabajar con estas familias y padres contenidos tanto relacionados con habilidades parentales como con habilidades personales y, además, el trabajo en grupos debe fomentar redes de apoyo informales que ayuden a estas mujeres y hombres a tener un desempeño más adecuado y satisfactorio de sus tareas como madres y padres.

Agradecimientos.- El estudio que se presenta en este trabajo se ha llevado a cabo en el marco de un Convenio de colaboración suscrito con el Área de Bienestar Social del Ayuntamiento de Sevilla y bajo la cobertura de dos proyectos de I+D, uno de la DGICYT (BSO2002-02879) y otro del MICINN (SEJ2007-66105).

Referencias

- Abidin, R. R., y Brunner, J. F. (1995). Development of a Parenting Alliance Inventory. *Journal of Clinical Child Psychology*, 24, 31-40.
- Arruabarrena, I. y De Paúl, J. (2002). Evaluación de un programa de tratamiento para familias maltratantes y negligentes y familias de alto riesgo. *Intervención Psicosocial*, 11 (2), 213-227.
- Barrera, M. (1980). A method for the assessment of social support networks in community survey research. *Connections*, 3, 8-13.
- Bradley, R. y Caldwell, B. (2000). *HOME inventory*. Little Rock: Center for Research on Teaching and Instruction, University of Arkansas.
- Cantó, O. y Mercader, M. (2000). *La pobreza infantil en España: alcance, evolución y duración*. Documento de trabajo nº 66 del *Innocenti Occasional Papers*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. (Disponible en www.unicef-icdc.org).
- Cerezo, M. A., Dolz, L., Pons-Salvador, G. y Cantero, M. J. (1999). Prevención del maltrato en infantes: evaluación del impacto de un programa en el desarrollo de los niños. *Anales de Psicología*, 15, 239-250.
- Cowan, P. A., Powel, D. y Cowan, C. P. (1998). Parenting interventions: a family systems perspective. En I. E. Sigel y Renninger, K. A. (Eds.), *Child psychology in practice* (pp. 3-72). Vol. 5 de W. Damon (Ed.), *Handbook of child psychology*. New York: Wiley.
- Fowers, B. J., y Olson, D. H. (1993). ENRICH Marital Satisfaction Scale (EMS): a brief research and clinical tool. *Journal of Family Psychology*, 7(2), 176-185.
- García, C., Malo, M. A. y Toharia, L. (2001). *La pobreza en España. Un análisis crítico basado en el Panel de Hogares de la Unión Europea (PHOGUE)*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Gracia, E., Herrero, J. y Musitu, G. (2002). *Evaluación de recursos y estresores psicosociales en la comunidad*. Madrid: Síntesis.
- Hidalgo, M. V. (1995). *El proceso de convertirse en padre o madre: una importante transición evolutiva*. Tesis doctoral no publicada.
- Hidalgo, M. V., Menéndez, S., Sánchez, J., López, I., Jiménez, L. y Lorence, B. (2005). *Inventario de Situaciones Estresantes y de Riesgo (ISER)*. Universidad de Sevilla: Documento no publicado.
- Hidalgo, M. V., Menéndez, S., Sánchez, J., López, I., Lorence, B. y Jiménez, L. (2007). *Programa de Formación y Apoyo Familiar (FAF)*. Sevilla: Delegación de Bienestar Social del Ayuntamiento de Sevilla
- Hidalgo, M. V., Menéndez, S., Sánchez, J., Lorence, B. y Jiménez, L. (2009). La intervención con familias en situación de riesgo psicosocial. Aportaciones desde un enfoque psicoeducativo. *Apuntes de Psicología*, 27(2-3), 413-426.
- Hutchings, J. y Webster-Stratton, C. (2004). Community-based support for parents. En M. Hoghughy y N. Long (Eds.), *Handbook of parenting: theory and research for practice* (pgs. 334-351). London: Sage.
- Johnson, C. y Mash, E. J. (1989). A measure of parenting satisfaction and efficacy. *Journal of Clinical and Child Psychology*, 18, 167-175.
- López, I. (2005). *La familia y sus necesidades de apoyo. Un estudio longitudinal y transversal de las redes sociales familiares*. Universidad de Sevilla: Tesis doctoral no publicada.
- López, I., Menéndez, S., Sánchez, J., Hidalgo, J., Lorence, B. y Jiménez, L. (2006). *Apéndice al Arizona Social Support Schedule*. Universidad de Sevilla: Documento no publicado.
- Máiquez, M. L. y Capote, C. (2001). Modelos y enfoques de intervención familiar. *Intervención Psicosocial*, 10 (2), 185-198.
- Máiquez, M. L., Rodrigo, M. J., Capote, C. y Vermaes, I. (2000). *Aprender de la vida cotidiana: un programa experiencial para padres*. Madrid: Aprendizaje-Visor.
- Martín, J. C., Máiquez, M. L., Rodrigo, M. J., Correa, A. D. y Rodríguez, G. (2004). Evaluación del programa "Apoyo personal y familia" para madres y padres en situación de riesgo psicosocial. *Infancia y Aprendizaje*, 27 (4), 437-445.
- Menéndez, S. (1999). *La implicación del padre en la crianza y el cuidado de sus hijos y sus hijas. Un estudio evolutivo*. Universidad de Sevilla: Tesis doctoral no publicada.
- Mínuchin, P. (1985). Families and individual development: provocations from the field of family therapy. *Child Development*, 56, 289-302.
- Moreno, J. M. (2002). Estudio sobre las variables que intervienen en el abandono físico o negligencia infantil. *Anales de Psicología*, 18 (1), 135-150.
- Moreno, J. M. (2004). Maltrato infantil: características familiares asociadas a situaciones de desprotección al menor. *Intervención Psicosocial*, 13 (1), 99-115.
- Moreno, M. C. (2001). *Cuestionario de Vida Cotidiana para adolescentes*. Universidad de Sevilla: Documento no publicado.
- Parke, R. D. y Buriel, R. (1998). Socialization in the family: ethnic and ecological perspectives. En N. Eisenberg (Ed.), *Social, emotional, and personality development* (pgs. 463-552). Vol. 3 de W. Damon (Ed.), *Handbook of child psychology*. Nueva York: Wiley.
- Pons-Salvador, G., Cerezo, M. A. y Bernabé, G. (2005). Cambio y estabilidad en los factores que afectan negativamente a la parentalidad. *Psicohema*, 17(1), 31-36.
- Raya, E. (2004). Exclusión social y ciudadanía: claroscuros de un concepto. *Aposta: Revista de Ciencias Sociales*, 9, 1-18. (Disponible en www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/rayal.pdf).
- Rodrigo, M. J., Correa A. D., Máiquez, M. L., Martín .C. y Rodríguez G. (2006). Family Preservation Services on the Canary Islands. *European Psychologist*, 11 (1), 57-70.
- Rodrigo, M. J., Máiquez, M. L., Martín, J. C. y Byrne, S. (2008). *Preservación familiar. Un enfoque positivo para la intervención con familias*. Madrid: Pirámide.
- Rodrigo, M. J., Martín, J. C., Máiquez, M. L. y Rodríguez, G. (2005). Redes formales e informales de apoyo para familias en riesgo psicosocial: el

- lugar de la escuela. En R. A. Martínez, H. Pérez y B. Rodríguez (Eds.), *Family-School-Community partnerships into social development*. Madrid: SM.
- Rodrigo, M. J., Martín, J. C., Máiquez, M. L. y Rodríguez, G. (2007). Informal and formal supports and maternal child-rearing practices in at-risk and non at-risk psychological contexts. *Children and Youth Services Review*, 29, 329-347.
- Rodrigo, M. J. y Palacios, J. (1998). Conceptos y dimensiones en el análisis evolutivo-educativo de la familia. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (Coords.), *Familia y desarrollo humano* (pgs. 45-70). Madrid: Alianza.
- Rodríguez, G., Camacho, J., Rodrigo, M. J., Martín, J. C. y Máiquez, M. L. (2006). Evaluación del riesgo psicosocial en familias usuarias de servicios sociales municipales. *Psicobema*, 18 (2), 200-206.
- Sistema de Información de Usuarios de Servicios Sociales (SIUSS). Disponible en <http://www.mtas.es/SGAS/ServiciosSocDep/ServiciosSociales/siuss/Datos.htm>
- Subirats, J., Riba, C., Giménez, L., Obradors, A., Giménez, M., Queralt, D., Bottons P. y Rapoport, A. (2004). *Pobreza y exclusión social. Un análisis de la realidad española y europea*. Barcelona: Fundación "La Caixa". (Disponible en www.obrasocial.lacaixa.es).
- Tezanos, J. F. (2001). *Tendencias en desigualdad y exclusión social*. Madrid: Sistema.
- Trenado, R., Pons-Salvador, G. y Cerezo, M. A. (2009). Proteger a la infancia: apoyando y asistiendo a las familias. *Papeles del Psicólogo*, 30(1), 24-32.
- UNICEF (2005). *Pobreza infantil en países ricos 2005*. Report card nº 6, Centro de investigaciones Innocenti. (Disponible en www.unicef-icdc.org).

(Artículo recibido: 31-3-2008; revisado: 30-1-2010; aceptado: 1-2-2010)